

LA PATERNIDAD DE SAN JOSÉ EN LA PASTORAL FAMILIAR DE LA SOCIEDAD POSTMODERNA *

JOAQUÍN FERRER ARELLANO

Académico Correspondiente de la Real Academia de Doctores de España

Excmo. Señor Presidente de la Real Academia de Doctores de España.

Excmos. Señores Académicos.

Queridos amigos.

Señoras y Señores.

Quiero, en primer lugar, agradecer a los miembros de esta Real Academia de Doctores —en especial al Padre Enrique Llamas, a don Domingo Muñoz León y a doña Blanca Castilla de Cortázar—, que hayan tenido la gentileza de llamarme a formar parte de esta prestigiosa Corporación, que tanto contribuye al cultivo, progreso y difusión del saber en España; y precisamente en la sección de Teología, aquel saber —que me es tan querido—, que, partiendo de la luz divina de la Revelación, puede contribuir a ordenar eficazmente el cuadro de los saberes, sirviendo de guía orientadora para todas las ciencias. Así lo entendió la luminosa tradición de la *Universitas Studiorum* desde sus orígenes medievales, abandonada por desgracia —salvo en contadas excepciones— en los países latinos. Esta Real Academia, por fortuna, siempre lo ha entendido así. Desde sus orígenes nunca ha cedido a prejuicios antimefísicos que reducen el ámbito del «logos» a las ciencias positivas.

Este reduccionismo epistemológico, que parecía superado, al menos en las mentes más lúcidas —también de agnósticos no creyentes—, de referencia obligada a la cultura actual (la auténtica cultura, no de la que tantos medios presentan como tal), parece retornar en algunos ambientes universitarios que no han superado el sarampión relativista de la revolución nihilista de mayo del 68 —cuyo 40 aniversario se celebra estos días—, como se pudo comprobar no hace mucho en el ridículo veto a Benedicto XVI a hablar en la Universidad de la «Sapienzia» de fundación papal, que fue el hazmerreír de toda Europa.

Agradezco también la oportunidad que me brindáis de colaborar con la sección de Teología en las tareas de esta Real Academia, ya en el último tramo de mi vida, después de más de cincuenta años de ininterrumpida docencia e investigación, que comencé en Roma en 1957, y desde 1960 en la Universidad de Navarra, donde,

* Discurso pronunciado en la toma de posesión como Académico Correspondiente de la Real Academia de Doctores de España.

después de mi labor docente en Filosofía del Derecho y en Periodismo, contribuí a la puesta en marcha de la sección de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras y, poco después, de la de Teología, que visito con frecuencia, desde mi traslado a Madrid, participando en sus actividades.

Me alegro de advertir la presencia entre nosotros, que agradezco, de dos queridos amigos, que tanto y tan bien han trabajado en esa Universidad: el Profesor Pedro Rodríguez, que asistió, en aquel ya lejano agosto de 1957, al curso de Cristología que expliqué, por primera vez, en Terracina, oyendo el cercano rumor del mar Tirreno; y del Profesor Antonio Aranda, uno de nuestros mejores alumnos de la primera promoción de la Facultad de Teología, que comenzó su andadura diez años más tarde —en 1967— junto al claustro de la Catedral de Pamplona, como evocando los orígenes de la Institución universitaria. Pero abandonemos las evocaciones nostálgicas del pasado y comencemos ya nuestra exposición.

INTRODUCCIÓN

He elegido un tema que tiene por protagonista a *San José*, que no pocos teólogos consideran, sin ningún fundamento, marginal en el conjunto de la reflexión teológica y en la pastoral de Iglesia. Había propuesto también, como alternativa, un tema de gran calado teológico¹: *La Resurrección de Cristo como centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta la Parusía*. Fue una gran alegría para mí que don Domingo Muñoz León, gran escritorista y teólogo, presidente de la sección de Teología de esta Real Academia —que conocía y valoraba mi reciente estudio teológico sobre el Santo Patriarca—, me invitara a hablar de la Teología de San José; también para salir al paso de su injusta depreciación en no pocos ambientes de la Teología y la pastoral actuales. Permítaseme traer a colación una anécdota muy expresiva:

Sabido es que el Concilio Vaticano II había sido puesto bajo la protección de San José por el Pontífice que lo convocó, el 19-III de 1962, el Beato Juan XXIII, que, como es notorio, era gran devoto del Santo Patriarca. El 12 de noviembre de ese mismo año, es decir, en su fase inicial, un obispo de la entonces Yugoslavia se levantó sin avisar y sin que fuera su turno de intervención (después dijo «haber sido empujado por el Espíritu») y reprendió fraternal pero apasionadamente a sus hermanos, afirmando que en sus enseñanzas no le daban a José el espacio que se merece. ¡El Concilio debía proveer!

Esta salida extemporánea provocó en muchos Padres una reacción entre el asombro y la hilaridad. En efecto, inmediatamente se levantó otro obispo, declarando —un poco irónico— que, para semejantes propósitos no era seguramente necesario convocar nada menos que ¡un Concilio ecuménico! En todo caso, las palabras del prelado eslavo, no tuvieron, en aquel momento, mayores consecuencias: se dejaron caer y la asamblea pasó inmediatamente a discutir cuestiones juzgadas más «importantes».

Sin embargo, al día siguiente hubo una sorpresa. Durante la noche, el Papa Juan había orado y reflexionado; así, había llegado a la conclusión de que lo afirmado en el Concilio por aquella intervención extemporánea, aunque acogida con mucho escepticismo, le ofrecía una ocasión providencial

¹ Puede verse en: www.joaquinferrer.es

para realizar un proyecto que alimentaba desde hacía largos años. El 13 de noviembre de 1962, antes del inicio matutino del trabajo, el cardenal Cicognani —hablando en nombre del Pontífice— anunciaba a la asombrada asamblea que, a partir del 8 de diciembre siguiente, el nombre de San José entraría en el Canon de la Misa.

No se trataba de una decisión de poca importancia: desde hacía siglos, desde tiempos de San Pío V, nadie se había atrevido a añadir nada al «corazón» del sacrificio eucarístico constituido, precisamente, por el Canon. En efecto, causó sorpresa e incluso algún refunfuño, aunque en voz baja, sobre todo por parte de los sectores que confundían el culto a San José con una de esas «devociones populares» que pretendían «redimensionar». Sin embargo, Juan XXIII hizo saber que su decisión era irreversible y que, en cuanto Sumo Pontífice, tenía pleno derecho de tomarla, sin necesidad de la aprobación de nadie. El Papa Roncalli, además —así lo ha dado a conocer Vittorio Messori en su obra *Hipótesis sobre María*, cuya lectura recomiendo vivamente—, estaba ciertamente al corriente de que, sobre todo en el siglo XIX, hombres y mujeres de Iglesia habían llegado incluso a ofrecerle a Dios sus vidas, precisamente, para obtener la introducción del nombre de José en la misa.

No es «el capítulo» de San José, en efecto, como erradamente piensan todavía no pocos teólogos y pastores de almas, un apéndice devocional de la Mariología, de gran arraigo en la piedad del pueblo, pero sin relevancia decisiva —inesencial, diríamos—, en la historia de la salvación; aunque no sin algún relieve, que todos los católicos admiten —aquellos mismos irónicos Padres conciliares, sin duda, también—, por su ayuda valiosa en el nacimiento e infancia del Verbo encarnado en el Seno de María Virgen para su inserción ordenada en la sociedad de los hombres; o por su gran valor de ejemplaridad o de poderosa intercesión a favor nuestro. Simplemente, aquellos pastores y estos teólogos no han descubierto todavía la función de primer orden que le ha asignado la Providencia divina en la realización histórica del plan salvífico de Dios; tan oculta y silenciosa como real y efectiva. Mostrarlo, en sus fundamentos teológicos y en la vida profunda de la Iglesia, no perceptible quizá a una mirada superficial, es uno de los objetivos de mi exposición.

El Santo Patriarca, como evoca el título que quise poner en mi libro recientemente publicado, «San José, nuestro Padre y Señor» —según la sugerente expresión teresiana, de certera intuición teológica—, es, en efecto, nada menos —en apretada síntesis— que cabeza de la familia de Nazaret, piedra angular de ambos Testamentos y vértice de la historia de la salvación; la sombra o «icono» transparente de Dios Padre, que quiso hacer partícipe a José —hijo de David— de su Paternidad de manera singular y única, constituyéndole Padre virginal y mesiánico de su Unigénito encarnado en el Seno de su Esposa, por obra del Espíritu Santo; sometido a su autoridad en el hogar de Nazaret, para educarle, preparándole, con María su esposa, para su misión redentora, que culmina en el holocausto del Calvario; y —como consecuencia— Padre y Señor de la Familia de Dios que es la Iglesia, nacida del costado abierto de Cristo en el triunfo sobre la muerte del misterio Pascual; tanto en su fase peregrina como en su consumación escatológica en la Jerusalén celestial, cuya semilla fue la Casa de José, el hogar familiar de Nazaret, que contenía los principios de la Iglesia naciente².

² Así lo hemos mostrado en un libro sobre la Teología de San José de reciente aparición (*San José, nuestro Padre y Señor. Teología y espiritualidad Josefinas*, Madrid. Arca de la Alian-

Aquél que fue constituido por Dios padre virginal y mesiánico de su Hijo Unigénito con la excelsa misión de modelar en el hogar de Nazaret la Humanidad del Redentor —siempre inseparable y complementaria de la función materna de María—, para que el Unigénito del Padre llegara a la plena madurez de Hijo del hombre «Redentor del hombre», está llamado también a cuidar de su prolongación en los hijos de la Iglesia, el cuerpo místico de su Hijo virginal, como su Padre y Señor.

Parece evidente que la Providencia divina quiere poner en primer plano en la tarea pastoral de la Iglesia, cuya fuerza salvífica brota de la Eucaristía —de la que ella vive— al humilde artesano de Nazaret, al que la Iglesia invoca en las letanías a él dedicadas como «terror de los demonios» —siempre indisolublemente unido a la Inmaculada, la gran antagonista de la antigua serpiente que, como está decretado (Gn 3,15 y Apoc 12), le aplastará la cabeza— en esta hora grave y resolutive de la historia de la salvación.

La exhortación apostólica postsinodal «la Iglesia en Europa» de Juan Pablo II hace una certera diagnosis de la actual cultura dominante en las sociedades occidentales —que algunos autores denominan «postsecular» y «postmoderna»— que está caracterizada por «la pérdida de la memoria y de la herencia cristianas, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa» (n. 7).

«El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que, no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo en la filosofía; del relativismo en gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta el hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria. *La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera*» (n. 9)³.

Juan Pablo II quiso salir al paso en la encíclica Fides et ratio, del relativismo antimetafísico del actual horizonte filosófico, que subyace a la cultura dominante, en relación, con frecuencia, con un científicismo excluyente. Con diferencia respecto al pasado, el riesgo que existe ahora como consecuencia de la crisis del racionalismo de la modernidad postcartesiana, que tuvo su origen en el giro inmanentista de una razón progresivamente desvinculada de la Revelación, no es un exceso de confianza en la razón que quiere dejar de lado la Revelación, sino una excesiva desconfianza en sus posibilidades especialmente agudizada en el escepticismo nihilista del pensamiento débil de la llamada postmodernidad.

za, 2007), inspirada en la enseñanza de San Josemaría E., al que traté filialmente los veinticinco últimos años de su vida.

En el IX Simposio Internacional sobre San José celebrado en Kevelaer (Alemania), en septiembre de 2005, expuse la inspiración de fondo de la teología sapiencial de San Josemaría, que propongo como principio estructurante de su desarrollo teológico-sistemático: la indisoluble unión de Jesús, María y José en la realización histórica del plan salvífico de Dios, en todas sus dimensiones y momentos, hasta la Parusía de Señor.

Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Singular participación de San José en la obra de la redención*, Actas. Vol. I, 75-122.

³ «Muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada» (n. 7).

Umberto Eco hace decir a Guillermo de Baskerville, el monje protagonista de «El Nombre de la Rosa» —con el que parece identificarse el A.—, aconsejando al novicio que le acompaña:

Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad (...) Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que estos se rían de verdad (...) la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad».

Así se justifica el escepticismo y el «todo vale» de las sociedades capitalistas. Es interesante señalar que, en este ambiente cultural postmoderno, teñido de relativismo, la Iglesia católica es hoy la única institución que reivindica la inexcusable función sapiencial de una filosofía del ser con pretensiones de ultimidad y universal validez. «Una filosofía carente de la cuestión sobre el sentido —añade el Pontífice— incurriría en el grave peligro de degradar la razón a funciones meramente instrumentales, sin ninguna auténtica pasión por la búsqueda de la verdad» (n. 81). Somos servidores de la verdad, que *se impone* al pensamiento. Yo *no pongo* «mi verdad». Como decía A. Machado: «Vamos juntos a buscarla, la tuya, guárdatela»⁴. La verdad del hombre y de la familia, fundada en la Sabiduría criadora de Dios, fuente de toda verdad, bondad y belleza. Buscarla, requiere en ocasiones no poco coraje: el esfuerzo, personal y solidario, de no dejarse arrastrar por los ídolos de la tribu, que ejercen su tiranía con inusitada violencia psicológica en la sociedad mediática postmoderna, que Benedicto XVI calificaba de «dictadura del relativismo», en la conocida homilía del comienzo del Cónclave que lo eligió al ministerio petrino.

Especialmente, en la presente disolución de la familia favorecida por la decadente cultura relativista del *pensiero devole* de la postmodernidad, en la que tanto influye la ausencia del padre (se ha hablado del «eclipse del padre» y de dimisión de las responsabilidades paternas, como una de las características de nuestro tiempo), estoy convencido de que Dios quiere poner en primer plano la paternidad de San José —icono transparente de Dios Padre— para que los hombres y mujeres de hoy adquieran conciencia de la dignidad a que están llamados a ser y vivir como hijos de Dios Padre; ayudándo-

⁴ Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae con el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser» (n. 47).

La encíclica *Fides et ratio* subraya la armonía entre la razón y la fe en su común interés por las cuestiones últimas cuya respuesta definitiva sólo puede dar la fe. Por eso, Juan Pablo II invita a todos los filósofos a buscar la verdad abriéndose también a la fe, y llama a los pensadores cristianos, en particular, a renovar la filosofía aportando su visión de creyentes. Un trabajo filosófico de esa naturaleza —y *síntoma auroral de una nueva época* que se adivina profunda y genuinamente religiosa, superada la decadente religiosidad «light» del «pensiero devole» postmoderno, tipo «New Age»—, es la *apertura creciente al misterio de Dios que se observa en el ámbito de la filosofía analítica* —originariamente antimetafísica— agnóstica, tan influyente en la cultura contemporánea, que ha dado origen al notable desarrollo de la actual filosofía analítica de la religión, muy floreciente en el mundo cultural de habla inglesa, especialmente interesada en fundar en el análisis del lenguaje una epistemología de la fe, de gran honestidad intelectual, pese a una evidente insuficiencia metafísica. F. CONESA, gran conocedor del tema, ofrece un completo, competente y documentado *boletín bibliográfico*: «Filosofía analítica y epistemología de la fe», en *Scripta Theologica*, XXVII (1995), 219-269. Sobre este tema, véase mi estudio: *Apertura creciente a Dios y a la fe en la filosofía analítica anglosajona*, en VV.AA., V Simposio Internacional «Fe cristiana y cultura contemporánea», Pamplona, 2005, 73-90.

les a ejercer su responsabilidad paterna, y materna, como partícipes de su Providencia salvífica en el seno de las familias, de modo que reflejen cada día más el modelo del hogar, luminoso y alegre, de la Casa de José, nuestro Padre y Señor.

Dios quiere manifestar en estos difíciles tiempos, de modo creciente —tal es mi convicción—, el misterio escondido de San José, poniendo de relieve el papel de primer orden que le ha asignado la Providencia para quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, que persigue a la Iglesia armado de gran furor, porque sabe que le queda poco tiempo (cfr. Ap 12,12-13).

1. EL MISTERIO ESCONDIDO DE SAN JOSÉ

«Estar escondido y surgir sólo despacio, con el tiempo, parece formar parte del extraordinario papel que se ha atribuido a José en la historia de la salvación». El Nuevo Testamento no le atribuye siquiera una sola palabra; más aún, dos Evangelios de cuatro ni siquiera hablan de él (y sólo los Apócrifos intentarán remediar esto, ejerciendo su fantasía, con frecuencia sospechosa). Además, durante siglos, oscuridad y silencio caerán sobre él en la historia de la Teología y de la espiritualidad. Si el mundo protestante habla poco y no a gusto de María, imaginemos de José a quien, normalmente, después del Nacimiento de Jesús, le atribuyen la función de esposo normal, con la llegada consecuente de bastantes hijos⁵.

«En aquella casa él era el cabeza de familia delante de Dios y de los hombres, el varón justo delante de la ley, el artesano de Nazareth. Pero de puertas adentro se vivía en otro ámbito: el de la unión hipostática del Hombre-Dios. Jesús no era puro Hombre, María era más que simple madre del Niño, José no era un padre como los demás. Aquella Familia era el *Sacramentum absconditum a saeculis in Deo* (Ef 3,9), el *Mysterium quod absconditum fuit a saeculis et generationibus* (Col 1,26); y el depositario de este *Mysterium* y de los demás misterios que el mundo y los mismos Rabinos y Doctores de la ley desconocían, era José. Y como depositario de los más altos y divinos misterios, el mismo llevaba una existencia —abscondita—, oculta, misteriosa como todo lo que rodea la mansión santa de Nazareth. Nada se sabe de su nacimiento y de su muerte. Si San Juan Bautista, precursor del Mesías, tiene la historia del que era la “Voz que clama en el desierto”, *San José tiene la voz del silencio; silencio que parece era necesario para la venida del Salvador*. La Iglesia lo dice en la Liturgia navideña: “Mientras un profundo silencio envolvía todas las cosas y la noche en su carrera llegaba a la mitad de su camino, tu omnipotente Palabra, Señora, descendió del Cielo a la tierra de su real trono” (Sap 18,14-15)»⁶.

A. Doze⁷ hace esta sugerente reflexión, comentando un texto de San Juan de la Cruz: «Una sola Palabra habló Dios Padre, que fue su Hijo, y esto habla siempre en eterno silencio y en silencio ha de ser oído del alma» (Puntos de amor, 21): *San José*,

⁵ V. MESSORI, *Hipótesis sobre María*, Madrid, Libros libres, 2007.

⁶ «Cum quietum silentium contineret omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de caelo a regalibus sedibus... in mediam... terram prosilivit». F. SOLA, cit. por F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, 274.

⁷ *Le mystère du Saint Joseph*, cit., 383-402.

el hombre del silencio, imagen de Dios Padre, dice también en su vida una sola palabra: Jesús, que contiene todos «los tesoros de sabiduría y ciencia» (Rm 11,33. De una Sabiduría «oculta a los príncipes de este mundo» (1 Co 2,7-8), que habitó en su Casa, escondida durante treinta años, la mayor parte de su vida. «*Cuando se fue de la casa de José, a ser bautizado, lo hizo con la finalidad de que, por nuestro Bautismo —cuya institución tuvo lugar en los comienzos de su vida pública—, pudiésemos entrar en ella*»: la casa de José, imagen de la Trinidad del Cielo y camino para llegar a él, que tiene su anticipo en la tierra: en la Casa de José. Ella es el único «mundo» en el que es posible tener acceso a la sabiduría que se revela a los pequeños; «a aquella infancia espiritual necesaria para entrar en el Reino de Dios (Mt 18,3)». Es ahí, en ese «mundo» (la Casa de José) del Unigénito del Padre e Hijo de María, donde aprendemos a vivir confiadamente como hijos de Dios Padre.

En su interesante estudio, A. Doze hace notar que fue María la que reveló las maravillas ocultas en la casa de José a dos mujeres: la gran Teresa de Jesús —en el proceso de la fundación del monasterio de su Ávila, en los orígenes fundacionales de la reforma del Carmelo—⁸ y a la hermanita Bernardette, cuando atribulada por su marcha a Nevers, lejos de la gruta de Lourdes que tanto añoraba, se sintió misteriosamente atraída por la ermita de San José del jardín de la nueva residencia conventual, donde se refugiaba con frecuencia y a donde conducía a sus enfermos. Ahí «se sentía más feliz que una reina en su trono», como un anticipo del Cielo.

Ahí encontró Bernardette la escuela que enseña la oración sencilla de los hijos de Dios que conduce principalmente a la perfecta unión de acción y contemplación que tan admirablemente describe Teresa de Jesús en la séptimas moradas del castillo interior, en las que desaparecen todos los fenómenos externos extáticos. A ese ideal de vida cristiana conduce San José, maestro de oración y de confiado abandono al amor providente y paternal de Dios.

Es en ese «mundo» de la casa de José donde el Santo Patriarca sigue protegiendo —a los que pertenecen a ella de modo consciente y voluntario, por gracia especial de Dios— de los ataques y engaños del enemigo.

1.1. Sentido de la fe, Magisterio y reflexiones teológicas

La Teología sistemática de San José ha sido habitualmente precedida, como ocurrió con la Mariología, por el sentido de la fe del pueblo de Dios; especialmente

⁸ Santa Teresa es, sin duda, una de las primeras mujeres de la historia que entró, gracias a la Virgen, en el misterio de San José, el cual la salvó de la muerte, como lo hizo con el Niño Jesús (ella le atribuyó su curación en la grave enfermedad que pasó en casa de su padre, a poco de entrar en el Carmelo). Fue el Señor —según cuenta en el libro de su vida el que le pidió en la Comunión, que trabajara con todas sus fuerzas en la fundación de un monasterio dedicado a San José—. Él —le dijo— protegería una de sus puertas, nuestra Señora la otra, «Jesús estaría en medio, en nuestra Casa». Este monasterio sería una estrella que brillaría con gran esplendor: un pequeño Nazaret en el que no entraría el espíritu del mal.

Después de confesar en la Iglesia de Santo Domingo en la que tantas veces lo había hecho —muy afligido por las miserias pasadas que había confesado ahí— percibió la presencia de la Virgen a su derecha y a su padre San José a la izquierda, que la cubrían con una vestidura que significaba que estaba ya purificada de sus pecados. Ela le aseguró de la protección de San José comunicándola cuanto le agradaba su devoción su devoción al glorioso San José.

en la vivencia sapiencial de las almas santas más dóciles al Espíritu Santo (*sapientiam praestat parvulis*, Sal 109), que va conduciendo la Iglesia a la verdad completa; también sobre el oculto misterio de San José.

Fue al declinar de la Edad Media, cuando, viéndose la Iglesia en serios peligros de cismas y herejías promovidas por la antigua serpiente (Gn 3,15), surge impetuosa la devoción a San José, que sale de su anonimato —como «terror de los demonios»— en un «crescendo» incontenible. Fue entonces cuando comenzó a difundirse *la conocida analogía de origen patrístico entre la Trinidad y la Familia de Nazaret* desarrollada por Pierre d’Ailly y Gerson y popularizada por la teología polaca del siglo XVII, en especial por B. Rosa (1676), que floreció en torno al célebre retablo milagroso del Santuario dedicado a San José en Kalisz, al que Juan XXIII ofreció su anillo papal para el dedo de San José, con ocasión de la apertura del Concilio Vaticano II; y Juan Pablo II coronó con triple corona, en una de sus visitas pastorales a su tierra natal, como significando la realeza de los Tres.

Es conocida la gran influencia de Santa Teresa de Jesús, su gran enamorada y propagadora de su devoción, coincidiendo significativamente con los primeros años de la tremenda convulsión producida por Lutero y la reforma protestante que dividió la cristiandad, al mismo tiempo en el que —en providencial coincidencia— se expandió en el nuevo Continente por la gran gesta evangelizadora; animada, como es sabido, por el amor y devoción que infundieron los misioneros a María y a José, tan popular como teológicamente fundada, que ha dejado su huella en la admirable iconografía que tanto impresionó a San Josemaría en sus viajes de catequesis por América⁹. Sin olvidar el influjo de la predicación de otros santos posteriores como San Lorenzo de Brindisi, San Francisco de Sales, San Leonardo de Puerto Mauricio y San Alfonso María de Liguori, el fundador del Oratorio de St. Joseph de Montreal, Frère André, tantos beneméritos fundadores de Congregaciones Josefinas y —más recientemente— San Josemaría Escrivá, etc., a quien tuve la gracia de conocer y tratar, filial y asiduamente, durante los últimos veinticinco años de su vida, desde mi encuentro con él en el verano de 1950 en Roma, el Año Santo de la proclamación dogmática de la Asunción. Mi reciente Teología de San José está en buena parte inspirada en su profunda vivencia teologal y devoción al Santo Patriarca.

* * *

Los últimos Papas, haciéndose eco del sentido de la fe del Pueblo de Dios, acuden a San José en los momentos más cruciales de la vida de la Iglesia.

El 8 de diciembre de 1870, en la primera solemnidad de la Inmaculada en la Roma ocupada desde hacía menos de tres meses por el ejército italiano, el beato Pío IX proclamaba a San José patrono de la Iglesia universal, confiándole la defensa del pueblo de Dios, amenazado no sólo por la agresión militar, sino también, si no sobre todo, por la agresión moral y cultural.

El abundante y riquísimo magisterio de los últimos Pontífices —especialmente de León XIII— converge en la gran «carta magna» de la Josefología «Redemptoris

⁹ Véase, como ejemplo, el estudio histórico de P. C. CARRILLO OJEDA (Superior General de los Misioneros de San José del Padre Vilaseca), *Presencia de San José en México*, ed. por el «Centro de Documentación y Estudio sobre San José», México, 2005.

Custos» (cit. RC) de Juan Pablo II. Esta extraordinaria exhortación apostólica *forma una trilogía con las encíclicas «Redemptor hominis» y «Redemptoris Mater»* (cit. RM) los tres de la familia de Nazaret. En ella —firmada también, como la anterior, el 15-VIII— parece ceder el lugar que ocupa de representante de Cristo, a San José, que es verdadero Padre y Señor de la Iglesia —prolongación de la Familia de Nazaret— con una paternidad participada, en el Espíritu Santo, de la de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3,15); su Sombra protectora e icono transparente, como María lo es del Espíritu Santo —(según lo afirma el teólogo ortodoxo S. Boulgakov)¹⁰—, en este momento grave y esperanzador a la vez, de la historia de la salvación.

Jean Gitton, conocido filósofo cristiano, amigo de Pablo VI, repetía a menudo —como pude comprobar en su viaje a Madrid, poco antes de morir, a finales del pasado siglo—: «Tengo la impresión de que el tiempo de José aún no ha llegado. No ha salido de la sombra: está sólo empezando. Veréis que el futuro nos reservará hermosas sorpresas sobre él». Es una previsión, comenta V. Messori, que «alegra a quien, amando a María, ama también a este especialísimo Esposo suyo».

1.2. Propuesta de una Teología sistemática de San José

El punto de partida irrenunciable del saber teológico en cualquiera de sus partes —que estudian diversos aspectos del único «misterio» de Cristo, en una unidad formalmente indivisible—, *no puede ser otro que la Sagrada Escritura, leída a la luz de la tradición viva de la Iglesia de origen apostólico; con la guía segura del Magisterio*, que culmina —en lo que se refiere al misterio de San José—, en la exhortación apostólica «Redemptoris Custos» de Juan Pablo II. Este extraordinario documento, verdadera «carta magna» de la Josefología —bien fundada en la mejor teología bíblica—, presenta la figura amabilísima del Santo Patriarca como personaje clave de la historia de la salvación.

Esta función central de San José, siempre asociado a Jesús y a María en el plan divino de la salvación, se puede y se debe descubrir en *una hermenéutica de la Escritura que ponga de relieve —o explicité— el sentido que el conocido escriturista y mariólogo padre Artola llama «pleno inclusivo»*, implícito en numerosos pasajes bíblicos —históricos, proféticos y sapienciales—; en especial, como hicieron los Padres respecto a María, la nueva Eva, en los textos paulinos sobre el nuevo Adán; léidos en la perspectiva del Protoevangelio (la reina de las profecías, que compendia toda la historia del mundo en un versículo), y de Gal 4,4, *a la luz del paralelismo bíblico, la unidad de la Escritura y de su sentido espiritual típico*. Esta exégesis de origen patrístico, fundada en el paralelismo bíblico y la analogía de la fe permite descubrir en el sentido «pleno inclusivo» de muchos textos bíblicos, léidos en clave mariana, una lectura tipológica —por analogía de participación— en clave josefina. A ello invitan algunas tipologías —como la de José de Egipto—¹¹ que la tradición refiere a José, por su gran poder ante el Faraón [«tú serás quien gobierne mi casa. Sólo por el

¹⁰ S. BOULKAKOV, *L'ortodoxie*, París, 1942, 166.

¹¹ A ella alude el Magisterio, como vimos (cfr. nota 18). Algunos autores ven como prefiguraciones tipológicas de San José a Mardoqueo, en el libro de Ester; o el marido de la mujer fuerte en el de Daniel.

trono será mayor que tú» (Gn 41,40)], para lograr abundancia de dones, que evoca el poderoso patrocinio de San José para que nunca falte a la Iglesia el Pan de la Palabra y el Pan de vida. «*Id a José y haced lo que él os diga*». Así lo hace el Magisterio desde Pío IX (cfr. *Inclitum Patriarcam*, que nombra a San José Patrono de la Iglesia (8-XII-1870). Es evidente la referencia al poder de intercesión de María en Caná, que usa exactamente las mismas palabras (Jn 2,3).

Lo que se ha escrito refiriéndose a María podemos también afirmarlo de José: *el llamado silencio de la Escritura deja de ser tal* —dice acertadamente F. Canals—¹², *para quien estudia los textos bíblicos referidos al Santo Patriarca con esta perspectiva histórico-salvífica según la unidad de toda la Escritura y la analogía de la fe* (cfr. CEC 112-114). *En esta lectura de la revelación bíblica*, de antigua raigambre en la tradición patristica, *aparece la Familia de Nazaret como la piedra angular en el designio salvífico de Dios de ambos testamentos*, por el que se manifiesta a sí mismo —el misterio de Dios Trino— y da a conocer el misterio de su voluntad salvífica, que tiene su vértice, cuando llega la plenitud de los tiempos, en la Encarnación redentora de Verbo acogido en el seno de María y en la casa de José¹³.

Un estudio teológico sobre el «misterio» de San José —su singular posición en el plan salvífico de Dios— tiene múltiples dimensiones que deben desarrollarse en la perspectiva que propone la Teología científica de la fe —positiva (o histórico salvífica) y (en ella fundada) especulativa—, de modo articulado y sistemático.

Tal ha sido mi pretensión al escribir mi ensayo teológico sobre San José, antes citado, inspirado en la vivencia sapiencial de los santos, es especial de Santa Teresa de Jesús y de San Josemaría y, sobre todo, en la Carta Magna de la Josefología, «Redemptoris Custos». He intentado en él exponer ordenadamente, de modo sistemático, el misterio del Santo Patriarca, partiendo de la Escritura leída *in Ecclesia*, y siguiendo la pauta metódica de la indisociabilidad de los tres —Jesús, María y José— como principio estructurante de la Josefología, en la secuencia lógica de los *cuatro pasos sucesivos*, que señala la Carta a los Romanos (cfr. Rm 8,20-30); *cada uno de los cuales es el fundamento del siguiente*:

1. Su *predestinación* —en un mismo decreto con Cristo y su Madre-, «ante mundi constitutionem» (Ef 1, 3), a ser Cabeza de la Familia que iba a acoger en la historia al Verbo encarnado para redimir a la humanidad caída, comenzando por su esencial dimensión familiar; reflejo o reverbero de la Trinidad en el Hombre, su imagen creada, que quiso asumir para restaurarla según el plan originario de Dios.
2. Su *vocación*, en el tiempo, a la excelsa misión de padre virginal y mesiánico del Unigénito del Padre —encarnado en el seno virginal de su Esposa—, que

¹² *San José, patriarca del pueblo de Dios*. Tesis de doctorado en Teología dirigido por el padre Solá, del conocido catedrático de Metafísica, buen amigo mío, Francisco CANALS VIDAL, Barcelona, 1979.

¹³ M. ARTOLA, «El pecado por Eva y la salvación por María», en *Estudios Marianos*, 70 (2004), 17-37. El autor descubre en la tipología del nuevo Adán (Rm 5,12-21 y 1 Cor 15, 22-25) a la luz de la unidad dual de Adán y Eva —anunciada por Gn 1,26-27 y Gn 2,23-24— sin excluir aquellos análisis histórico-literarios, en la comisión del acto pecaminoso primario. Así lo convinieron espontáneamente los antiguos Padres griegos al descubrir una implícita inclusión de María, nueva Eva, por analogía de participación en una exégesis personalista dual e inclusiva.

le encumbra de modo misterioso al orden hipostático de la Encarnación redentora. Tal es el *fundamento de la plenitud inicial de gracia* que recibió de Dios —en constante crecimiento por su heroica respuesta de fe— proporcionada al cumplimiento de su sobrehumana vocación, *que calificamos de «paternal»*; la mayor santidad entre las puras criaturas, después de la plenitud de santidad inmaculada —maternal— de la Madre de Dios y Madre nuestra.

3. Su *justificación* efecto de la *redención* universal —*objetiva o adquisitiva*— consumada en el Sacrificio del Calvario, de la que Dios quiso hacer partícipes, de manera única y singular (cfr. LG 61) —con su heroica respuesta de fe, esperanza y ardiente caridad a aquella inicial *plenitud materna y paterna de gracia*—, a María y a José, de modo diverso en ambos, como Corredentores, subordinadamente al Redentor (que lo fue también de ellos, con una más perfecta redención que hacía posible que tomaran parte activa en la de los demás redimidos).
4. Su *glorificación*, en especial, su singular participación, ya glorificado —en cuerpo y alma— en la *redención subjetiva*: en la progresiva edificación de la Iglesia peregrina, por mediación de la Eucaristía —siempre en unión indisoluble con su Hijo y su Esposa virginales—, hasta la Parusía del Señor, cuando entregue el reino consumado (de «los santos del Altísimo») al Padre. (En este contexto hemos tratado de la participación, también singular, del Santo Patriarca en la Realeza de Cristo, como Padre y Señor de la Iglesia universal, tanto en su fase peregrina, como en su consumación escatológica en la Jerusalén celestial.)

En estas líneas, que quieren salir al paso de la injusta depreciación de San José como figura clave de la historia de la Salvación, no quiero dejar de exponer lo esencial de la argumentación teológica que prueba su singular participación en la obra de la Redención del hombre, en todas sus dimensiones esenciales.

2. JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA, VERDADERO PADRE VIRGINAL Y MESIÁNICO DE JESÚS POR CONSTITUCIÓN DIVINA

El P. Enrique Llamas afirma acertadamente *que la clave para acceder al misterio de San José es su predestinación ab aeterno a ser cabeza de la familia de Nazareth, en un único decreto —junto con María, su esposa— del misterio de la Encarnación del Verbo*, que debía ser acogido, en el designio salvífico de Dios en la plenitud de los tiempos en el santuario del amor y cuna de la vida del hogar familiar fundado por el matrimonio de ambos esposos: en la casa de José, padre virginal del Redentor y ministro de salvación, como le denomina Juan Pablo II en la RC.

«En esta gran obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral de Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva habían sido fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de

la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida»¹⁴ (RC 7).

La pareja del umbral del Nuevo Testamento se refiere a una tradición —pronto olvidada—, a la que alude Pablo VI en la alocución a los equipos «Notre Dame», citada por su sucesor Juan Pablo II en este texto que comienza con San Ireneo —José, hijo de David, desposado con María, la hija de Sión bíblica—, *hace referencia a una circunstancia histórica concreta —mejor diríamos dimensión esencial— de la Encarnación, que es la familia formada por el matrimonio de María y José, que estaba predestinada a acoger en la historia al Verbo encarnado en el Seno de la Virgen en la casa de José, constituido por decreto divino padre virginal y mesiánico del Mesías Rey, cabeza de la familia de la que brotaría la salvación, el tallo de la raíz de Jesé de la profecía del Emmanuel de Isaías.*

Cristo nació en el hogar familiar del matrimonio de San José con la Virgen Madre de Dios, según la ordenación de la divina Providencia. Ahora bien, este matrimonio virginal depende del consentimiento de José; luego por este consentimiento influye de modo directo y esencial en la divina maternidad virginal de quien, según el plan de la divina Sabiduría, iba a venir al mundo, para salvarnos, en una familia: en la casa de José, hijo de David. Es, pues, necesario su consentimiento —en el plan de la divina predestinación— en la constitución de la unión hipostática en el seno de su virginal esposa, Madre del Verbo encarnado (a), y para que se cumplieran las profecías del mesianismo real de Jesús, que comienzan con Natán (cfr. 2 Sam 7,1-17): Hijo de David, por serlo de José (b).

a) Paternidad virginal

La idea expresada por San Ildefonso —cuyo centenario acabamos de celebrar—: «María, siempre fiel a su Hijo, y a su esposo José, fue virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre», implícitamente refiere también la virginidad de José a la realidad de su paternidad sobre Jesús por su libre decisión de vivir un amor esponsal a María, en la virginidad, movidos ambos por el Espíritu. Subraya la importancia decisiva del proyecto de virginidad comportado por ambos esposos, en virtud del «*nexo sutil*» pero real, de causalidad que se establece en la comunión de amor entre José y María, su esposa, en la generación y el nacimiento de Jesús. En él brotaría el Mesías de la vara Jese profetizado en el libro del Emmanuel del Protoisaías:

En este pasaje está latente la tesis capital de la teología sistemática de San José, padre virginal y mesiánico del Hijo concebido en el seno de María, su esposa. El libre consentimiento al matrimonio virginal de ambos

¹⁴ San Ireneo contrapone la primera pareja, aquella virgen Eva, destinada ya a su marido (*iam viro destinata*) y engañada por la seducción del padre de la mentira, a la verdad en la que fue evangelizada por el Ángel aquella Virgen María, que ya estaba desposada (*iam sub viro*) con José, y a la aceptación del mensaje del Ángel, y la respuesta sin ruido y en silencio de José a los planes salvíficos de Dios. San Ireneo alude a la familia, que acoge al Hijo de Dios en el tiempo —la casa de José—, que tuvo su origen en su matrimonio con María. Cfr. *Adv. Haereses*, IV, 23; PG 7, 1048. Algo parecido dice ORÍGENES, *In Lucam*, Homilia VI, 3; PG 13, 1814.

esposos —su fidelidad a Dios— implicaba la mutua fidelidad de amor esponsal virginal en obediencia de fe a la voluntad de Dios, a acoger en el hogar familiar, que ellos formaban con su amor esponsal —santuario de amor y cuna de la vida—, que estaba predestinado por Dios, para que se realizase en él «el misterio escondido desde los siglos en Dios» en su momento culminante.

María aceptó, por lo tanto, la elección para Madre del Hijo de Dios guiada por el amor esponsal a Dios, del cual veía —a la luz del Espíritu Santo, su Esposo— *un reflejo por participación su amor matrimonial a su esposo José, imagen* —icono transparente, por obra del Espíritu Santo— *de Dios Padre*. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo «entregada a Dios», viviendo la virginidad en el matrimonio, en comunión de amor —humano y divino a la vez, en indisoluble unión espiritual y unión de corazones— con su virginal esposo; que posibilitaba su propia virginidad. Esa misma interpretación hace el Doctor de la Iglesia San Lorenzo de Brindisi (OFM, cap). También él compara el matrimonio de María y José con el matrimonio espiritual de la Inmaculada con Dios¹⁵.

Así como María, la Virgen Fiel, por su «fiat» —en obediencia de fe— cooperó eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según el Espíritu y según la carne. Lo mismo podemos decir por analogía, de la silenciosa obediencia de fe de José, hijo de David, a la invitación del ángel de parte de Dios —de quien deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Ef 3,15)— a acoger en su casa a su esposa y a su Hijo, concebido por obra del Espíritu Santo (Mt 1,22), y a imponerle el nombre en el rito de la Circuncisión, al que fue así inscrito en la genealogía davídica, como verdadero padre no sólo *virginal* —según el Espíritu— sino *mesiánico*, por constitución divina, del Hijo virginal de su esposa; obrándose así en su casa «el Misterio escondido desde los siglos en Dios» (cfr. *Redemptoris Custos*, de Juan Pablo II, aquí cit. RC 20).

San Agustín así lo entiende:

«Dice San Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice sólo se pensaba? Porque el pensamiento y el juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de San José. Sin embargo, a la piedad y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios. Es por eso su padre virginal según la mente o el espíritu» (Sermo 20).

Por su «fiat» —la obediencia de la fe— María cooperó eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según la carne, primero según el espíritu (en su mente y en su corazón) y luego en su seno. Lo mismo podemos decir, por analogía, de la obediencia de fe de José a la invitación del ángel de parte de Dios —de quien deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Ef 3,15)— a acoger *en su casa*, como verdadero padre, por constitución divina, al Hijo virginal de su esposa; y con Ellos, «el Misterio escondido desde los siglos en Dios» (RC 20).

¹⁵ Cfr. *Marialis*, Madrid, BAC, 2004, 518 ss.

b) Paternidad mesiánica

Al imponerle el nombre de Jesús —en el rito de la circuncisión, que era signo de la Alianza de Dios con Abraham (cfr. Gn 17,13), que en Jesús alcanza su pleno efecto, siendo el sí de todas las promesas—, José declara su paternidad legal sobre Él, y al hacerlo proclama también su misión salvadora (cfr. RC 12). Si es el Mesías Salvador, hijo de David, lo es por esa paternidad de José, en cuya virtud es constituido oficialmente, en cumplimiento de la profecía de Natan y de la Alianza con David y su casa, en la que se compendian todas las anteriores alianzas veterotestamentarias. Es la genealogía de José, no la de María, que pertenecía también a la casa de Aarón, de la tribu de Leví, la que constituye a Jesús en el trono de David su padre, cuyo reino en la casa de Jacob no tendrá fin. Es, pues, José, el padre mesiánico de Jesús, por haber recibido en su casa a la Madre con su Hijo, y por haberle impuesto el nombre, haciéndole así el hijo de David en el que cumplirán los vaticinios proféticos de su mesianismo real.

José, hijo de David (Mt 1,20), por su paternidad legal, transmitió a Jesús los derechos de la herencia davídica, al imponerle el nombre, Jesús, que es la base jurídica para que pudiera ser el Mesías descendiente de David. Alejandro Díez Macho observa con razón que «Dios no parece haberse contentado con un entronque jurídico de la ley humana. Parece haber otorgado a José una paternidad superior a la legal por matrimonio o adopción: una paternidad que pudiéramos llamar «constitutiva» o por decreto divino. Para entender tal paternidad basta recordar que de Dios deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3,15); que Dios puede hacer de piedras hijos de Abraham, «padre de las naciones gentiles» (Rm 4,17). Dios constituyó a José, precisamente cuando por una u otra razón intentaba declinar la paternidad legal¹⁶, padre de Jesús por especial determinación del cielo: no sólo padre por derecho humano, padre legal, sino *padre por constitución divina*. La paternidad de José es, pues, singular. Por esa razón es también singular la filiación davídica de Jesús¹⁷. Es significativo que en la Escritura sólo reciben el título «hijo de David» únicamente Jesús y José, su padre mesiánico.

José es padre de Jesús; pero no sólo padre legal —padre ante la ley—, o padre nutricio —padre que provee el alimento— no sólo padre, porque José adopta a Jesús,

¹⁶ Son tres las hipótesis explicativas de origen patristico de esta conducta de José: la de la *sospecha (de adulterio)* —Justino, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Agustín, Maldonado, Fillion...—; de la *inocencia (la creía inocente, sin saber explicarse lo ocurrido)* —Jerónimo, Lagrange, Buzo...—, y de la *reverencia (quería retirarse porque en justicia no le correspondía la obra maravillosa que había obrado Dios sin su intervención, sintiéndose indigno)* —Efreem, Eusebio, Salmerrón, X. León Dufour, M. Kramer...—. Yo me adhiero, sin dudar, a esta última.

¹⁷ A. DÍEZ MACHO, *Jesucristo «Único»*. La singularidad de Jesucristo. Ed. Fe Católica, Madrid, 1976, 10. A esta misma idea apunta M. KRAMER, «Die Menschwerdung Jesse Christi nach Mattäus» (Mt 1), en *Biblica* 45 (1964) 48. «Es Dios mismo el que engendra al Mesías, y lo da como hijo adoptivo a la casa de David». Este autor no subraya, sin embargo, la paternidad mesiánica de José por constitución divina. «Mateo, en 1,18-25 pretende probar que Dios mismo incorpora a Jesús en la genealogía de José, y que José acepta tal incorporación. Para eso, envía a su ángel a José pidiéndole que no dé libelo de repudio a María con la que estaba ya desposado, aunque todavía no la había llevado a su casa, rito con que se consideraba terminado en su solemnidad externa el contrato matrimonial. Le pide que no rompa, por divorcio, los esponsales (*erusin*), ya contraídos, sino que los complete con la boda solemne (*nissuín o liqquhín*). Dios quiere que sea el esposo de María y que no la abandone por temor a lo numinoso, a lo santo, por reverencia al misterio prodigioso operado sin concurso de José en María.

o porque Jesús es hijo nacido en el matrimonio María-José, sino *padre por constitución divina. No padre de la generación*¹⁸, *pero sí padre del nacimiento*. Con lo cual, la incorporación de Jesús en la rama de David se hace a través de José, no únicamente por adopción humana de este hombre «justo» excepcional, sino por la paternidad que Dios otorga a José sobre el hijo»¹⁹.

3. LA TRINIDAD DE LA TIERRA, ICONO DE LA FAMILIA TRINITARIA Y CAMINO DE RETORNO SALVÍFICO A ELLA

La vocación de José a ser padre virginal y mesiánico de Jesús supera la de los Apóstoles, por su *relación directa con la constitución del orden hipostático*: con el misterio de la Encarnación redentora. Dios, en efecto, da la gracia proporcionada a la misión a la cual llama a cada uno en su plan salvífico. Para tan excelsa misión de esposo de la Madre de Dios y Padre Virginal y Mesiánico de Jesús recibió una inicial *plenitud de gracia* —en constante crecimiento, por la que correspondencia heroica hasta su dichosa muerte— superior a la de cualquier santo, incluidos San Juan Bautista y los Apóstoles, que puede ser calificada muy adecuadamente de *paternal*.

«Hay ciertos ministerios —escribe F. Suárez— que pertenecen precisamente al *orden de la gracia santificante*, y en este orden veo que los apóstoles llegaron a la cumbre más alta de la dignidad, y que en ella necesitaron dones de gracia (sobre todo de sabiduría y de gracia —*gratis data*—) superiores a los dones de los demás.

Pero hay otros ministerios rayanos con límites del *orden de la unión hipostática* (orden que de suyo es más perfecto, como en su lugar lo hemos dicho, tratando de la dignidad de la Madre de Dios), y en este orden está constituido, a mi ver, el ministerio de San José, bien que en él ocupa el puesto más bajo; y por esta parte aventaja a toda otra dignidad por hallarse en un orden superior»²⁰.

De aquel orden hipostático redentor deriva el orden de la gracia santificante de las virtudes y dones, que participa de la plenitud de *gracia capital* de la Humanidad santísima del Señor —que brota de modo connatural de la *gracia de unión* (hipostática)—, indisociable de la *gracia maternal* de María y la *gracia paternal* de José, que participan de aquella de modo singular y único, capacitándoles para cooperar de manera activa e inmediata en la constitución teándrica del Verbo encarnado; y —*operari sequitur esse*—, en la consiguiente obra redentora de Cristo que culmina en la Cruz gloriosa, cuya irradiación salvífica edifica la Iglesia peregrina hasta la Parusía.

Estas consideraciones —que derivan del descubrimiento de la pertenencia de José al orden hipostático de la Encarnación redentora *propter nos homines et propoter nostra salutem*, implícita en la Escritura leída *in Ecclesia*— nos invitan a estudiar la singularidad de San José bajo *el principio fundamental que —así lo pienso— estructura mejor la reflexión teológica josefina*, que no es otra que *la circularidad* «virtuo-

¹⁸ Se entiendo según la carne, pues lo es según el espíritu en el sentido explicado.

¹⁹ Cfr. A. DÍAZ MACHO, «San José, padre de Cristo, 61,62», del libro *La historicidad de los Evangelios de la Infancia. El entorno de Jesús*. Ed. Fe Católica, Madrid, 1977.

²⁰ F. SUÁREZ, *De mysteriis vitae Christi in tertiam partem divi Thomae, tomus secundus* (Alcalá, 1592) disp. VIII, Secc. I. Ed. castellana en BAC, Madrid, 1948.

sa»²¹ de los Tres, jerárquicamente coimplicados en una unidad indisociable según un orden de dignidad.

Este orden entre los Tres, formando una unidad indisoluble²² evoca analógicamente —como «trinidad de la tierra»—²³ el orden (taxi) de las procesiones divinas que constituyen la Familia divina Trinitaria (Dios es uno y único, pero no un solitario, sino una familia, como dice la *Fides Damasi*, pues hay Paternidad, hay Filiación y la esencia de la familia, que es el Amor). En Ella los Tres son *uni* por consustancialidad —coeternos y coiguales— *sin que haya* «*nihil maius vel minus, nihil prius vel posterius*» («Símbolo quicumque»).

En la «trinidad de la tierra» se da, sin embargo, en el seno de la unidad, una jerárquica subordinación. Ahí está la *desemejanza* radical propia de la analogía (semejanza y desemejanza a la vez, de modo que esta última es superior a la semejanza) con la Trinidad del Cielo: en un orden jerárquico —según la inversión kenótica trinitaria respecto al orden de las procesiones divinas en la Trinidad del Cielo, de que habla Von Balthasar (cfr. *Theologica III, passim.*)— *de mayor a menor en dignidad*, fundado en la participación (en una analogía de atribución intrínseca)²⁴. De la mediación capital de Cristo participan por derivación causal, las mediaciones materna y paterna de María y José; de modo tal que esta última deriva, a su vez, de la maternidad espiritual de la Inmaculada. *San José es hijo espiritual de su Esposa María, como Ella lo es también de Jesús (en expresión de Dante, Hija de su Hijo).*

El consentimiento del «fiat» de María a la Encarnación redentora de Verbo en su Seno, y el «silencioso» consentimiento subsiguiente de José —subordinado y dependiente del de su Esposa y Madre en el Espíritu— a acoger a la Madre y su Hijo

²¹ Este concepto aparece referido por Juan Pablo II a las relaciones entre la fe y la razón en la Encíclica del mismo nombre.

²² Creo que estas reflexiones explicitan en perspectiva teológica discursiva la vivencia sapiencial de fe ilustrada por la luz infusa del Espíritu Santo de San Josemaría Escrivá, sobre la que tanto he reflexionado a lo largo de veinticinco años —los últimos de su vida— de constante trato paternofamiliar.

²³ La analogía de origen patrístico entre la Trinidad y la Familia de Nazaret desarrollada por Pierre d'Ailly y Gerson fue popularizada por la teología polaca del siglo XVII, en especial por B. Rosa (1676), que floreció en torno al célebre retablo milagroso del Santuario dedicado a San José en Kalisz, al que Juan XXIII ofreció su anillo papal para el dedo de San José, con ocasión de la apertura del Concilio Vaticano II. Juan Pablo II, coronó con triple corona como significando la realeza de los Tres.

Los orígenes de esta analogía —metafórica, como es obvio— se remontan a San Agustín, que ya en el siglo V hablaba de las «tríadas» celeste y terrestre. Cfr. C. M. DOUBLIER-VILLETTE, *Analyse d'un corpus iconographique médiéval sur Saint Joseph*, Actas del IX Simposio Internacional sobre San José, Kevelaer, 26-IX-2005. vol. II, 814. Con motivo del 346.º aniversario de la aparición de San José en Cotignac, este autor ha publicado *La saga de Saint Joseph*, Ed. FRDJ, 2006, que muestra una visión panorámica de dos milenios de obras de arte y de teología sobre el Santo Patriarca, de muy útil consulta.

²⁴ La analogía entre la Trinidad del Cielo y la de la tierra no es de atribución intrínseca, que funda una proporcionalidad propia entre los analogados, sino extrínseca metafísica, llamada también de proporcionalidad impropia, fundada en el dinamismo operativo. Por ejemplo: el comportamiento del león, como rey de la selva, es proporcionalmente semejante al Mesías Rey, el «León de Judá» (Gn 49,9), que todo lo somete a su señorío, como Rey de reyes y Señor de señores, y pone a todos sus enemigos debajo de sus pies (cfr. 1 Cor 15,27; Dn 7,17ss). La Sagrada Escritura contiene multitud de metáforas y símbolos de este tipo, de gran fuerza significativa. Este «logos simbólico» —que nada tiene que ver con el mito de las religiones paganas— es complementario del «logos racional». Cfr. mi *Filosofía de la religión*, Madrid, Palabra, 2001.

en su casa y a imponerle el nombre de Jesús en la Circuncisión —que le constituyó padre virginal y mesiánico de Jesús, haciendo del santo Patriarca, como cabeza de la sagrada Familia, depositario del misterio escondido desde los siglos en Dios—, son los dos primeros actos de fe cristiana que inauguran la nueva alianza consumada en la Pascua. No son primeros sólo en el tiempo, sino principio activo y ejemplar —en tanto que asociados a la Redención adquisitiva del Unus Mediator— de todos los actos de fe que, de generación en generación, serán el fundamento de la vida sobrenatural de la Iglesia, edificada sobre la fe apostólica, hecha posible por el valor corredentor de la vida de fe de los Esposos de Nazaret.

La Iglesia —la familia de los hijos de Dios en Cristo, primogénito entre muchos hermanos—, es prolongación de la Familia de Nazaret constituida por aquellos primeros actos de fe de María —aurora del Sol de Justicia— y José, que trajeron al mundo la salvación. «Gracias Madre. Con esa palabra tuya —«Fiat»— nos has hecho hermanos de Dios y herederos del Cielo» (Camino 345). Una análoga gratitud le es debida, sin duda, a José. De este tema tratamos a continuación.

4. PRESENCIA SALVÍFICA DE LA PATERNIDAD DEL SANTO PATRIARCA EN LA DIMENSIÓN FAMILIAR CONSTITUTIVA DEL HOMBRE DAÑADA POR LA CAÍDA Y ADMIRABLEMENTE RESTAURADA POR CRISTO, CON LA COOPERACIÓN DE MARÍA Y JOSÉ

4.1. Singular participación de San José en la obra redentora de Cristo

La fe de María y José son el comienzo de la nueva y definitiva «alianza» consumada en el misterio pascual, que da origen a la Iglesia esposa de Cristo, nacida de su Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer del Protoevangelio —del Génesis y del Apocalipsis— que como nueva Eva, da a luz a la Iglesia.

Se cumple entonces, de modo pleno, la profecía de Simeón (Lc 2,35) —una esposa atravesará su alma— cuando la vemos llena de fortaleza de pie junto a la Cruz de su Hijo (cf. Jn 19,25). También José, que había ofrecido su vida en unión con la muerte redentora de su Hijo —que conoció sin duda—, participó en todo el proceso redentivo que culmina en el Calvario, con su misteriosa presencia en él, inseparablemente unido a su Hijo y a su Esposa virginales²⁵. *La pareja del umbral del nuevo*

²⁵ José conoció y vivió anticipadamente el drama de la pasión desde los primeros misterios de la infancia de Jesús. Y acepta la parte que le corresponde en él, que fue precisamente sufrida en su corazón, a la vez que preparaba la víctima y compadecía a nuestra Madre dolorosa. El no asistir a él fue quizá uno de sus grandes dolores. Pero aceptó siempre los planes divinos de la Providencia. Y cuando Dios dio por cumplida su misión en la tierra, salió silenciosamente, inmolando su vida por la regeneración del mundo.

Por eso Juan Pablo II dice en la exhortación *Redemptoris Custos*, que «*si bien el camino de la peregrinación en la fe (de San José) concluyó antes*» de la Cruz del Gólgota y los acontecimientos pascales, pues le fueron confiados a su fiel custodia los misterios salvíficos de la vida oculta de Jesús «*sigue (después de su muerte) en la misma dirección*»; *es decir, proyectándose intencionalmente más allá de los primeros misterios de salvación, hasta el Calvario, como depositario singular del misterio de salvación (en su integridad) escondido desde los siglos en Dios (Ef 39), cuyo vértice es, al llegar la plenitud de los tiempos, la encarnación redentora consumada en el misterio pascual (cfr. RC 6).*

Testamento —según la antigua tradición que se remonta a San Ireneo— *anula la fuente del mal —destructora de la familia— que inunda el mundo por el pecado de la primera pareja* en el progresivo establecimiento de la Familia de Dios —Familia de familias—, que tuvo sus orígenes en los humildes comienzos del hogar de Nazaret, «que contenía los principios de la Iglesia naciente» (León XIII, *Quamquam pluries*, cit.)²⁶.

Junto con la ascensión de la humanidad —en solidaridad con todos los hombres, cuando al encanto de las palabras virginales el Verbo se hizo carne y «plantó su tienda entre nosotros»—, en Cristo está también *asumido —para redimirlo*, con su amor obediente desde el *ecce venio* de su ingreso en este mundo, hasta la muerte de Cruz— todo lo que es humano, en particular, *la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra* (cf. RC 21), *constitutiva de la persona humana*, que es la que estudiamos aquí monográficamente.

El hombre, en efecto, en cuanto creado a imagen de Dios, tiene estructura familiar, que refleja la gloria de Dios como su *imagen* creada, que es el fundamento de su dignidad personal. «Nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es soledad es Uno y Único, pero no un solitario; sino una familia, puesto que «hay en Él paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor»²⁷.

La imagen de Dios en el hombre no se realizó sólo —según insistía de modo recurrente Juan Pablo II en su catequesis— en su momento de soledad como persona inteligente y libre, sino sobre todo en su capacidad de amar, que le lleva a vivir en comunión. Sólo realiza su esencia en plenitud existiendo, con otros y para otros, en una relación de don recíproco que comienza en la unión matrimonial. María y José viven la más plena comunión de personas en su unión matrimonial virginal, como la más perfecta y más profunda imagen de Dios en el ser humano. El amor esponsal de ambos es pleno. En ellos no se ejercita la dimensión generativa, pero la dimensión de comunión se cumple de modo insospechado, ordenada a la educación de su humanidad, preparándole para su misión redentora, que culmina en el holocausto del Calvario²⁸.

²⁶ La tipología antitética de ambas parejas comienza con S. IRENEO, *Adversus Haerases*, IV, 23, 64, 1048.

²⁷ JUAN PABLO II, «Homilía 28-05-1979», en *Insegnamenti*, II (1979), 182.

²⁸ Blanca CASTILLA CORTÁZAR se pregunta, si el Hijo de Dios asume —en la primera creación— una humanidad masculina, ¿cómo explicar desde Él la estructura esponsal completa? «La respuesta habría que hallarla teniendo en cuenta que la Encarnación se realiza en el seno de una familia donde un varón y una mujer “realizan” en plena “libertad” el “don esponsal” de sí (cfr. RC 7), al acoger y expresar el amor, cuyo fruto es nada menos que el Hijo de Dios». José y María son asumidos por su Hijo en orden a la redención de la familia, dañada por la prevaricación de la pareja de los orígenes, con la cooperación de la pareja antitética del umbral del Nuevo Testamento, de la tipología de San Ireneo, recordada por Pablo VI en su alocución a los equipos de Notre Dame.

«José y María son la segunda creación que realiza la plenitud de la identidad masculina y femenina en reciprocidad... En la lógica de la entrega sincera, donde cada uno pone al servicio del otro y los dos al de la misión común. Y lo hace de un modo llamativo, pues la paternidad se esconde tras la maternidad, como para remediar visiblemente la profecía divina del Génesis 3: “Él te dominará”. En María y José es como si Dios volviera a empezar para dar una segunda oportunidad a la humanidad. En ellos se podría ver una nueva versión de Adán y Eva redimidos, siendo su Hijo también nuevo Adán pero en otro sentido, en cuanto Redentor. La familia de Nazareth viene a ser una singularísima *imago de la familia de la Trinidad*, ya que una de las personas, el Hijo, forma parte de las dos» (Ponencia de A. al Congreso del Pontificio consejo para laicos sobre la «Mulieris dignitatem». *Actas*, de próxima publicación).

La dimensión familiar del hombre asumida en la Encarnación redentora del Verbo por obra del Espíritu Santo tiene una estructura dual: esponsalidad (a) y potencial fecundidad (paterna y materna) (b), con su prolongación natural en la educación (c). Comencemos por la primera.

a) Esponsalidad

El virginal vínculo de amor que ya existió desde los desposorios, ya orientados por inspiración del Espíritu Santo a una unión virginal (así lo confirman —entre otros—, los escritos inspirados de la sierva de Dios Madre María Cecilia Baij), fue asumido por el misterio de la Encarnación. Cuando José estaba pensando en retirarse para no estorbar el misterio, en las palabras del Ángel en la anunciación vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación, que confirma el vínculo esponsal (cfr. RC 19).

Aquel vínculo de caridad que ya existía desde los desposorios, fue confirmado en toda su fuerza y perfección cuando se le pidió renovar el sí del misterio de la Encarnación, tal y como estaba previsto en los designios de Dios. Su amor esponsal a María fue asumido al servicio de los designios salvíficos constituyéndole en cabeza del santuario del amor del hogar familiar de Nazaret, que debía acoger a Jesús para prepararle a su misión redentora bajo la guía de José, como su padre virginal y mesiánico.

Como observa C. Cafarra, la destrucción causada por el pecado en el cuerpo y la sexualidad humana consiste en la desintegración de éstos y la persona humana en cuanto tal, en su «degradación» a meros objetos susceptibles de cualquier uso.

«La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo». En esta «gracia y verdad», venidas sólo a través de Cristo, la corporeidad y la sexualidad humanas son redimidas y pueden, en consecuencia, ser reconducidas a la obediencia de aquella ley prevista «al principio»²⁹, con la cooperación de María y José, la pareja del umbral del nuevo Testamento, por medio de la cual la santidad de esparce por toda la tierra, anulando la fuente del mal —destructora de la familia— que inunda el mundo por el pecado de la primera pareja (S. Ireneo, cit. en RC 7).

b) Paternidad

Es esta segunda dimensión indisoluble de la anterior, el objeto inmediato de nuestro estudio. Por eso le dedicamos más atención (con su prolongación natural en el proceso educativo de la prole).

«La Familia de Nazaret —dice Juan Pablo II en la *Redemptoris Custos*—, inserta directamente en el misterio de la Encarnación, constituye un misterio especial. En

Sobre la complementariedad de ambas tipologías antitéticas con la pareja originaria, véase mi estudio «La Hija de Sión», en *Actas del Congreso Mariológico de Barcelona (X-2007)*, *María, Mujer*, 91-102.

²⁹ Según Santo Tomás: «Si no fuese por el fomes no se alabaría la virginidad por encima de la paternidad que hace al hombre más semejante a Dios en cuanto el hombre mediante ella procede del hombre como Dios de Dios por origen natural y vital». S. Th., I, 93, 3c. Cfr. C. CAFARRA, *Sexualidad a la luz de la antropología y de la Biblia*, Madrid, 3.^a ed. 1992, 45ss.

esta Familia José es el padre; no es una paternidad derivada de la generación; y sin embargo, no es «aparente» o solamente «sustitutiva», sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo-Hijo, Jesucristo. *En este contexto está también «asumida» la paternidad humana de José* (RC 21).

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: «A raíz de aquel matrimonio fiel ambos *mecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, ambos por medio de la mente, no de la carne*» (RC 7).

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente, aquel amor que tiene su fuente en el Padre, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3,15).

San José tuvo para Jesús verdaderos sentimientos de padre; la gracia encendió en aquel corazón bien dispuesto y preparado un amor ardiente hacia el Hijo de Dios y hacia su esposa, mayor que si se hubiera tratado de un hijo por naturaleza. José cuidó de Jesús amándole como a su hijo y adorándole como a su Dios.

Amaba a Jesús como si realmente lo hubiera engendrado, como un don misterioso de Dios otorgado a su pobre vida humana. Le consagró sin reservas sus fuerzas, su tiempo, sus inquietudes, sus cuidados. No esperaba otra recompensa que poder vivir cada vez mejor esta entrega de su vida. Su amor era a la vez dulce y fuerte, tranquilo y ferviente, emotivo y tierno. Podemos representárnoslo tomado al Niño en sus brazos, meciéndole con canciones, acunándole para que duerma, fabricándole pequeños juguetes, prodigándole sus caricias como actos de adoración y testimonio más profundo de afecto³⁰. Constantemente vivió sorprendido de que el Hijo de Dios hubiera querido ser también su hijo. José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió su oficio.

c) Educación

«Con María, José estaba destinado —escribe J. Galot— a ofrecer al Niño, para su crecimiento, el cuadro de una vida familiar», santuario del amor y cuna de la vida que acoge para su crecimiento y educación. «Según el designio del Padre, que había decretado que la Encarnación se habría de cumplir por medio de una generación virginal, no era suficiente que el Niño tuviera únicamente junto a sí, para su desarrollo, la presencia de una madre. Un crecimiento armonioso tiene necesidad del influjo de un padre y de la madre (en íntima comunión de amor). Cuando este influjo conjunto no es posible, el niño no dispone del ambiente familiar necesario para su desarrollo equilibrado»³¹. Era precisa la influencia educadora no sólo de una madre, sino también de «aquél que a sus ojos representaba más especialmente al Padre celestial, que le había enviado para ser acogido en su familia bajo su autoridad y su amor paterno».

³⁰ Cfr. M. GASNIER, *Los silencios de San José*, Palabra, 5.ª ed., Madrid, 1988, 137-138.

³¹ J. GALOT, *Giuseppe, l'educatore*, en *Gesú nuovo*, Napoles (marzo-abril de 1995, 74).

Jesús veía en su padre José la sombra de la gloria del Padre, su Icono transparente. Bossuet los expresa elocuentemente: «¿De dónde le viene la audacia para mandar a su Creador? De que el auténtico Padre de Jesucristo, el Dios que lo ha engendrado desde la eternidad, habiendo elegido a José para hacer de padre de su único Hijo en el tiempo, le ha iluminado con un resplandor, con una chispa del amor infinito que siente por su Hijo»³².

«Jesús se debía parecer a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar. En el realismo de Jesús, en su espíritu de observación, en su modo de sentarse a la mesa y de partir el pan, en su gusto por exponer la doctrina de una manera concreta, tomando ejemplo de las cosas de la vida ordinaria, se refleja lo que ha sido la infancia y la juventud de Jesús y, por tanto, su trato con José»³³.

En él Jesús podía reconocer una perfecta imagen de Padre. He aquí la grandeza de José: a los ojos de Jesús, en el cuadro de una existencia humana muy ordinaria, él era su «abba» (papá, como sin duda le llamaba): representaba el rostro invisible del Padre. De tal modo que José no ha contribuido sólo al desarrollo humano del Niño de Nazaret, sino que le ha ayudado a comportarse como el Hijo del Padre³⁴, que le había enviado como Redentor al hogar de José, para que lo educara, preparándolo para su misión redentora hasta la inmolación en el Calvario, en amorosa obediencia (*ex caritate et obedientia*) a la voluntad del Padre que le había enviado para nuestra salvación, desde el «he aquí que vengo» de su ingreso en este mundo, hasta el «todo está consumado» en su muerte en la Cruz, trono triunfal de su Realeza.

Esta cooperación de San José —en unión con María su esposa en la educación de Cristo— Cabeza de la Iglesia, forma parte de su participación como Corredentor en la Redención del hombre, que comienza en Nazaret y llega a su culminación en el Calvario, en una de sus dimensiones esenciales.

El Redentor salva al hombre asumiendo las dimensiones esenciales de la condición humana («lo que no ha sido asumido no ha sido redimido», según la sentencia patrística). Entre ellas, su condición tempórea e histórica, por la que está llamado a crecer en madurez humana y sobrenatural, contando con el tiempo; o su dominio cuasicreador sobre el cosmos infrahumano por la actividad laboral, científica y técnico-artística.

Este es el fundamento del valor soteriológico —ejemplar y efectivo— del Patriarca de la familia de Nazaret, esposo de María, y —en unión con Ella—, educador de Jesús nuestro Cabeza, en la función educativa de la familia cristiana, en el seno de la Iglesia, Familia de familias.

La irradiación salvífica de San José, *siempre inseparablemente unido al Redentor y a la Corredentora*, se prolonga a lo largo del tiempo y del espacio en la educación de los miembros de su Cuerpo místico en orden a la regeneración de la familia; especialmente en este tiempo de dimisión de la función paterna que Paul Josef Cordes

³² Sermón sobre San José de 1661.

³³ San JOSEMARÍA E., *Es Cristo que pasa*, 55,56.

³⁴ J. GALOT, *Padre ed educatore*, Osservatore Romano, 19-III-2005, 8.

califica de «eclipse del padre», que deja un vacío de orfandad que se encuentra el la raíz del actual desequilibrio personal y social³⁵.

José fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia. Si estuvo indisolublemente unido con su Hijo y Esposa virginales en la Redención objetiva, desde los inicios de Nazaret —semilla de la Iglesia nacida en la «hora de Jesús» (Jn 12,23; 13,1)— hasta el Calvario, es lógico también que proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio en la aplicación de sus frutos salvíficos en la Redención subjetiva, que se realiza en el tiempo de la Iglesia nacida del costado abierto de los tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra, hasta la Parusía, tanto a los vivos como a los difuntos que se purifican en el purgatorio. A la Iglesia de Cristo, San Josemaría la veía como la familia de los hijos de Dios, prolongación de la Familia de Nazaret. «A esa familia pertenecemos», repetía de continuo³⁶.

San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno, como protegido y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre, hasta su ingreso en el cielo. Se trata, pues, de la presencia salvífica que ejerce sobre la Iglesia que vive de la Eucaristía, en la que San Josemaría creyó descubrir una misteriosa (inefable) presencia, por la inseparabilidad de los Tres en el ser y en el obrar salvíficos a favor de los hombres³⁷.

³⁵ P. J. CORDES, *L'eclisse del padre, un grido*, Milano, 2002, 52. También son de un gran interés las reflexiones que hace Guillermo SPIRITO, O. F. M. en *Una presenza di la Paternità per l'uomo postmoderno*, vol. II de *Actas del IX Simposio Internacional sobre San José*, en Kevelaer, cit. (980-1001). Cfr., también, Frère EPHRAÏM, *Giuseppe di Nazaret. Il misterio del padre*, Ancona 1998, que estudia, *en este contexto, el que califica el más grande de los males de la postmodernidad: el rechazo de llegar a ser adultos; es decir, asumir la responsabilidad de la paternidad, sea biológica, sea espiritual*.

³⁶ León XIII, Carta Encicl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l.c., págs. 177-179.

³⁷ Como dice Juan Pablo II en el capítulo final de la última de sus encíclicas (n. 16), *Ecclesia de Eucharistia*: María es coferente —a lo largo de toda su vida corredentora, que culmina en el supremo desgarramiento de su Corazón en la Pasión— del sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia —en el orden de la redención subjetiva—, incluye, por tanto, la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán —de manera única (*prorsus singularis*, LG 61) en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

No se trata, obviamente, de una presencia por transustanciación, sino por inseparabilidad en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, «*Cor unum et anima una*». *E incluso —en el fundador del Opus Dei— de San José —en tanto que pertenece también al orden hipostático*.

«Siempre, cuando venimos a verte, a hincar las rodillas en tierra, tenemos la pena de estar poco tiempo cerca de Ti; y agradecemos a ese coro de Ángeles que hay en torno tuyo que te hagan la corte. Pero en estos últimos tiempos, el Señor me ha hecho ver más. Me ha mostrado, piadosamente, que, de alguna manera inefable, a Él —inerte, mucho más inerte que en la cuna de Belén— María y José no le dejan. Alguna presencia hay de la Madre de Dios y del que hizo las veces de padre. ¡Cerca de Ti están! ¡Cerca de nosotros! ¡Yo les agradezco la compañía que te hacen! Y no puedo separar la Hostia de la Sagrada Familia, de esa Familia de Nazaret que me enamora, que me entusiasma, que es como el corazón de la familia del Opus Dei».

Esta singular presencia de María y José en la Eucaristía, que calificaba de «inefable», podría explicarse teniendo en cuenta esta indisoluble inseparabilidad de la trinidad de la tierra en todas y cada una de las fases de la obra redentora, tanto objetiva —exclusiva de los Tres que concurren en la constitución del orden hipostático redentor hasta el Calvario— como subjetiva —hasta la Parusía—, aplicando a Ella la doctrina de Santo Tomás sobre la necesaria concomitancia —natural o sobrenatural— con respecto a la presencia *per modum substantiae* del Cuerpo y la Sangre de

El patrocinio de San José sobre la Iglesia es, pues, la prolongación del que él ejerció sobre Jesucristo, Cabeza de la misma, y sobre María, Madre de la Iglesia en el hogar de su casa, como cabeza de la Sagrada Familia de Nazaret, que el Magisterio de los Papas, desde el beato Pío IX, siempre ha señalado como la célula o semilla de la Iglesia nacida del Costado abierto de Cristo en la Cruz gloriosa, que quiso asociar en su triunfo sobre el príncipe de este mundo a su Madre y a su Padre virginales. Por esta razón fue declarado *Patrono universal de la Iglesia*. «Esta declaración fue hecha en momentos difíciles por los que pasaba nuestra Madre la Iglesia, circunstancias y motivos que hoy subsisten»³⁸.

Por eso debemos acudir siempre a él, pero de modo particular cuando veamos que es más atacada, menospreciada, cuando se la quiere arrinconar fuera de la vida pública, y se intenta volverla inoperante en las vidas de los hombres; vidas que debe iluminar y conducir hasta Dios³⁹.

4.2. Presencia salvífica de San José, Padre y Señor del Pueblo de Dios en la nueva evangelización de la sociedad postmoderna

Es en nuestro tiempo, calificado por Juan Pablo II en la exhortación «Iglesia en Europa», de apostasía silenciosa, de disolución de la familia, a la que tanto contribuye el relativismo nihilista de la cultura dominante del pensamiento débil, denunciado con especial insistencia desde comienzos de su pontificado por S. S. Benedicto XVI, cuando todo parece indicar que Dios quiere poner en primer plano, como remedio, al humilde artesano, cabeza de la Familia de Nazaret.

Aquél al que la Iglesia invoca en las letanías dedicadas a él como «terror de los demonios», protagonista de los inicios de la Iglesia naciente, en las primicias de la Redención, como Cabeza de la Familia de Nazaret, ha recibido de la Providencia salvífica de Dios la misión de intervenir en la Iglesia, el Cuerpo místico de su Hijo virginal —de la que también es Padre y Señor—; y de modo especial en *la urgente tarea pastoral de regeneración de la familia, insidiosamente atacada en la actual cultura relativista post-moderna*.

La antigua serpiente quiere destruir la Iglesia —«Familia de familias», cada una de las cuales está llamada a ser una iglesia doméstica, prefigurada por la Familia de Nazaret— arrancando a *los sacerdotes* del altar del Sacrificio, del que vive la Iglesia, para dedicarse a tareas más bien propias de asistentes sociales; a *la mujer* —esposa y madre— del corazón de hogar; y a *al varón* —esposo y cabeza de familia— haciéndole desistir de su autoridad paterna que debe ejercer en armonía e íntima comunión

Cristo Sacerdote, que acontece *vi verborum* (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación del pan y del vino). El Aquinatense hace referencia sólo a la indisociable inseparabilidad en Cristo glorioso presente en ambas especies en la integridad de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo que se encarna para redimirnos en María. Pero puede extenderse, obviamente, también a la Madre y al Padre Virginal del Redentor, por la pertenencia indisociable de los Tres al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico, si bien de modo diverso en cada uno de ellos. Cfr., mi teología de *San José, nuestro Padre y Señor*, cit., 196-201.

³⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Exhort. Apost. Redemptoris Custos*, 15-VIII-1989, 31.

³⁹ F. Fz. CARVAJAL, *Ibid.*, 214.

con su esposa, a imitación de José, como Cabeza de familia. Cordes ha señalado en un conocido escrito del «eclipse del padre» —a todos los niveles: biológico, espiritual y eclesial— como uno de los factores clave del deterioro caótico de la sociedad civil y eclesial.

El que fue para Jesús «icono y sombra» del Padre, en el hogar familiar de Nazaret; semilla de la Iglesia, quiere Dios que lo sea también para la humanidad de todos los tiempos. Pero de modo especial en la tarea urgente de la nueva evangelización de nuestra sociedad postmoderna, a que nos convoca el Sucesor de Pedro⁴⁰, para que recupere el sentido de la dignidad excelsa de su Filiación al Padre, en la fraternidad —la Familia— de los hijos de Dios en Cristo, que es la Iglesia. Para que así sea es decisiva la experiencia de la paternidad humana en todas sus dimensiones, que deriva y participa de la Paternidad de Dios, de la que es imagen creada, desfigurada por el pecado ha sido regenerada por Cristo según el modelo arquetípico ejemplar y eficientemente activo de San José, Padre del Cristo total, Cabeza y miembros. Su paternidad en el hogar familiar de Nazaret, participación y reflejo de la de Dios, sigue activa en la Iglesia. Son cada día más numerosas las señales de su discreta presencia paternal, inseparable siempre de la maternidad de María. Ambas están llamadas a regenerar, madurar, sanar y hacer crecer al hombre actual liberándole de sus «angustias», ayudándole con su doble e inseparable mediación materna y paterna —en sinergia con el Espíritu Santo, fruto de la Cruz Redentora de Cristo, «Señor y dador de vida»—, a conquistar la «libertad» y dignidad de hijos de Dios.

La paternidad, reflejo y participación de la Paternidad divina inaugurada por Abraham, en José —llamado por los padres de la Iglesia «luz de los Patriarcas»— llega a su punto culminante.

El hombre y la mujer están llamados en el seno de la familia —en todos los niveles, no sólo el biológico—, de la paternidad y la maternidad, como María y José, a participar del «providente» amor —paterno y materno a la vez (cfr. CEC 231)—, de Dios Padre. El camino para que así sea pasa por el empeño en ser buenos hijos de María —«nadie tiene a Dios por Padre, si no tiene a María por Madre»— y de José, «nuestro Padre y Señor»; frecuentando el trato con la *trinidad de la tierra, Jesús, María y José*, misteriosa e indisolublemente unidos en el plan salvífico de Dios: *imagen perfecta de la Trinidad del Cielo y camino de retorno hacia Ella*.

CONCLUSIÓN

Al cabo de veinte siglos San José se manifiesta discretamente, pero continuamente —de manera ejemplar (*como modelo*) y eficiente (*como guía y educador*)— en la Iglesia y en el mundo, siempre en la indisoluble unión con su Hijo y su Esposa virginales, en la jerárquica subordinación de la trinidad de la tierra. El acompaña el nacimiento y el crecimiento, siempre tan misterioso de su Hijo en la humanidad, por mediación de la Iglesia. De este acompañamiento misterioso de San José, especialmente tangible en nuestros días —del que quien escribe estas líneas ha tenido experiencia directa en la vivencia sapiencial de San Josemaría E., cuyo gran influjo en

⁴⁰ Guillermo SPIRITO, «Una presenza de paternità per l'uomo postmoderno», en *Actas del IX Simposio sobre San José*, Kevelaer, 2006, vol. II, 999.

miles de personas es de sobra conocido—⁴¹ es especialmente significativa la experiencia impresionante del *hermano Andrés*, humilde hermano lego de la Congregación de la Santa Cruz, que fue instrumento providencial en la construcción del mayor santuario de San José del mundo, en Montreal (Canadá), que tantos frutos de conversión y renovación de la vida cristiana está dando⁴². Todo este movimiento espiritual que comenzó en el siglo XX, «florece, fructifica, se difunde a través del “Oratoire”»: como un río de agua viva que no cesa de irrigar».

Son muchos los que han hecho la observación de que todo parece indicar que la Providencia quiere sacar del anonimato a San José «terror de los demonios», en esta hora tan grave de la historia de la Salvación, como Patrono —Padre y Señor— de la Iglesia, siempre unido a su Esposa María, Madre de la Iglesia, que —así está decretado (Gen 3,15; Ap 12)— aplastará la cabeza del dragón.

De la misteriosa presencia salvífica de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José⁴³ en el misterio eucarístico, brota el agua viva del Espíritu Santo, del que vive

⁴¹ Cfr. entre otros testimonios sobre este influjo en la Iglesia de San Josemaría en propagar la devoción al Santo Patriarca. Leon CRISTIANI, *San José, Patrono de la Iglesia universal*, Madrid, 1978, 170ss. Más adelante (3-2, 220ss) describe el autor un elenco de las Congregaciones religiosas josefinas masculinas y femeninas. En el Congreso de Kevelaar sobre San José, de 2005, se dieron numerosos testimonios conmovedores de esta presencia de San José en nuestro tiempo, que aparecen recogidos en los dos tomos de las Actas.

⁴² F. DERROY-PINEAU, *L'étrange destin d'Alfred Basette*, Quebec, 20047, 141. «Es algo que sorprende y conmociona el hecho de que frère André es simplemente un mediador porque es San José quien quiere que se construya un santuario, en otros términos. José se muestra como una persona viviente, identificado, con deseos, reacciones, iniciativas: toda su experiencia apunta hacia una persona existente, “no configurada” por el proyecto, ni como recuerdo del pasado, sino como presente actualmente, que interacciona con el mundo material visible... Cfr. G. SPIRITO, *Una presencia de paternidad*, cit., 999, que refiere también la experiencia del Hermano CRISTOPHE, uno de los tres monjes martirizados en Argelia, y del fundador de la comunidad del Arca, Jean Vanier, entre otros interesantes testimonios sobre el Frère André de Montreal. Son también de especial interés los que dio en el Simposio de Kevelaar de 2005 el superior general de los Misioneros de San José del Padre VILASECA sobre la presencia especial de San José en México, de la que es patrono desde la primera evangelización, o el P. Franco VERRI, de los Josefinos de MURIARDO.

⁴³ La devoción a los «tres Corazones» unidos de Jesús, María y José comenzó en Portugal y Brasil (1733) y floreció especialmente en México. A mediados del siglo XVIII fue propagada en Francia, España e Italia por el Carmelita descalzo P. ELÍAS DE LOS TRES CORAZONES. Tras la aprobación de Gregorio XVI (el 28-IV-1843) esta devoción se extendió mucho en Europa y América, impulsada por F. L. FILAS, S.I., y por buen número de notables eclesiásticos. Cfr. T. STRAMARE, «Storia della devozione al cuore di San Giuseppe», en *Rabor*, 51; 2 (1997). Publicado en español en *Estudios Josefinos* 50, núm. 100 (julio-diciembre de 1996) 179-194. El Padre Stramare, gran josefinólogo —al que agradezco tantas sugerencias de su gran magisterio teológico sobre el Santo Patriarca— ha sido uno de los principales colaboradores de Juan Pablo II en la preparación de la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* que puede leerse al final de este libro.

Puede consultarse —para conocer el *status quaestionis* sobre este tema— el estudio de Monseñor Arthur B. CALKINS, *The cultus of the Heart of St. Joseph. An Inquiry into the Status Quaestionis*. «Akten des IX Internationalen des hl. Joseph», 28-IX bis 2-X-2005, Kevelaar, Deutschland, Band II, 937-951. Recoge el autor exhaustivamente las citas sobre el Corazón de San José de los últimos pontífices, especialmente significativas en Juan XXIII y en las —más numerosas— de Juan Pablo II, incluso en documentos de especial relevancia como *Familiaris Consortio* (1891) y la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* (nn. 8, 19). El autor piensa que asistimos a la emergencia del Magisterio sobre el Corazón de San José, siempre en indisoluble unión con los Corazones de Jesús y de María en la historia de la salvación (favoreciendo así implícitamente la extendida tesis de su glorificación corporal, defendida, como vimos, entre tantos autores de prestigio, por Francisco SUÁREZ y San FRANCISCO DE SALES).

la Iglesia peregrina, como sacramento y arca universal de salvación⁴⁴, en la progresiva edificación del Reino de Dios, que «todo lo atrae hacia Sí» (Jn 12,32), desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa, salvíficamente presente en su renovación sacramental eucarística, hasta la Parusía, cuando vuelva a entregar su Reino al Padre, después de haber puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies (cfr. 1 Co 15,23ss).

José es como una presencia de paternidad para el mundo postmoderno en el que urge la reconstrucción de la humanidad perdida. Esta tarea reclama urgentemente la recuperación del designio original de Dios sobre la familia, admirablemente restaurada por Cristo Redentor, nuevo Adán, que quiso asociar en su obrar salvífico a su Madre —nueva Eva— y a José, su padre virginal y mesiánico. Esa restauración del plan originario de Dios precisa, como elemento fundamental, la recuperación de la capacidad perceptiva de la dignidad inconmensurable de ser hijos de Dios Padre, a través de la experiencia de la paternidad sobre Jesús y sobre nosotros de José, el icono de la paternidad de Dios Padre «de quién procede toda familia en el cielo y en la tierra», que quiere hacer partícipes a los hombres de su amor —paterno y materno—⁴⁵ en el santuario del amor y cuna de la vida que está llamado a ser el hogar familiar, para que refleje la luz y el calor de la casa de José, nuestro Padre y Señor.

Nada mejor para concluir mi intervención que repetir, en confiada petición al Padre y Señor de la Iglesia, la plegaria de León XIII, que recomendaba Juan Pablo II en su exhortación Apostólica «Redemptoris Custos», escrita en el centenario de la gran encíclica de su predecesor *quam quam pluries*, la más doctrinal y conocida de las numerosas que escribió sobre el Santo Patriarca:

«Esta plegaria (de León XIII) y la misma figura de José adquieren una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo Milenio cristiano» (JUAN PABLO II, *Redemptoris custos*, n. 32).

«A Ti, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio.

Con aquella caridad que te tuvo unido con la inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su Sangre adquirió Jesucristo, y con tu poder y auxilio socorras nuestras necesidades.

Protege la escogida descendencia de Jesucristo, aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y de vicios. Asístenos propicio desde el cielo, en esta lucha contra el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del Niño Jesús, así ahora defiende a la Santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad» (RC, n. 32).

⁴⁴ Cfr. J. FERRER ARELLANO, «Unicidad y universalidad de Cristo y de la Iglesia, centro y fundamento irrenunciable de la teología de las religiones», en *Studium Legionense*, 45 (2004), 185-222.

⁴⁵ Cf. CEC, 239. J. FERRER ARELLANO, «Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia», en *Ephemerides Mariologicae* 49 (1999), págs. 53-125. Sitio web: www.joaquinferrer.es.